

## SENSACIONES DE UN LUNES

Ane ESPARZA BARANDIARÁN  
Profesora de Lengua y Literatura del IES Cruz Santa

Esta historia no tiene nada de extraordinario. No es sino un encadenado de recuerdos y sensaciones elegidas, como podían no haberlo sido, por haber acudido a la mente una tarde que comenzó bajo el influjo de una búsqueda casi intelectual, para terminar siendo un ejercicio de sana melancolía.

Aparca el coche como todas las mañanas y desciende al fin de él tras regatear unos minutos al reloj digital del automóvil, que indica que es hora de dejar atrás la calidez adormilada en la que ha venido sumida hasta ese momento, apagando la radio a regañadientes y envidiando a quienes aún se encuentran bajo las sábanas y prometiéndose que, pase lo que pase, se concederá el placer de la mejor de las siestas tras el almuerzo.

Avanza unos metros y accede al recinto del instituto en el que trabaja mientras se aclara la garganta. Porque hoy no es uno de esos días en los que llega con las pilas cargadas. Porque hoy es una de esas mañanas en las que le cuesta hablar, pensar sin agotarse por adelantado en centrarse en el discurso coherente que habrá de hilvanar unos minutos después ante sus alumnos, enlazar una clase con otra, tener alguna idea interesante en alguna de las reuniones previstas, no olvidarse de hacer una llamada, fotocopiar las actividades para las clases del día siguiente... Porque hoy es uno de esos días en los que añora más que nunca su etapa como estudiante y daría lo que fuese por intercambiar su puesto con cualquiera de los adolescentes que comienzan a poblar el centro.



Al final siempre son ellos quienes le sorprenden, quienes hacen que no pueda reprimir una carcajada incluso las veces que se enfada porque no se callan y no puede dar clase como ella quisiera

Cómo le gustaría poder llegar al aula y sentarse sin más ocupación que la de escuchar a una sucesión de docentes. No ser ella quien hable, quien marque la pauta de las horas, quien decida cómo organizar a sus grupos, todas y cada una de esas cosas que con quince años le parecían maravillosas, al menos comparadas con la perspectiva de ser en ese instante sometida a la tortura de salir a la pizarra a realizar un problema de matemáticas que, como era de esperar, no tendría idea alguna de cómo resolver. Ella, que no soñaba entonces con dedicarse a la enseñanza, percibía como un injusto privilegio el uso que sus profesores podían hacer del bolígrafo rojo (que probablemente era de otro color), al dictar con tan pequeño instrumento, tan importantes sentencias. Muy deficiente, Suficiente, Notable, y todo eso en el mejor de los casos, en el peor, una sucesión de símbolos incomprensibles tales como  $\uparrow\uparrow\rightarrow\downarrow$  en la parte superior del examen. Y se quedaban así, tan anchos, sin imaginar las tragedias que se formaban en algunos hogares tres veces al año.

Pero ahora trabaja por ellos, por los chicos y chicas de la ESO. Y le encanta, a pesar de los enfados, los sermones y las llamadas de atención. Al final siempre son ellos quienes le sorprenden, quienes hacen que no pueda reprimir una carcajada incluso las veces que se enfada porque no se callan y no puede dar clase como ella quisiera. Al final son ellos quienes, sin saberlo, le han salvado de mañanas como ésta, de dolores de cabeza y del alma, de momentos que pesaban en su conciencia como toneladas de hormigón. Sabe que todo puede cambiar, que su mundo puede ponerse boca abajo –o patas arriba, que tanto da que las certezas de hoy no son las de mañana y que unas dudas sustituirán a otras y sin embargo, ellos, con otras caras y otros nombres y otros acentos permanecerán inmutables marcando el ritmo de la vida que escogió el día que decidió ser adulta.

No le gusta admitirlo pero no siempre los entiende, y aunque sabe que las distintas generaciones están destinadas a no comprenderse entre ellas, descubre con cierto fastidio que alguna vez repite frases que a ella le tocó escuchar. Frases manidas, aburridas de puro sobadas, de esas que se dicen con toda solemnidad: Nosotros sí que sabíamos divertirnos o En mi época vaya si estudiábamos y aprendíamos y no éstos de ahora que lo tienen todo hecho, que no han tenido que pelear por nada. Ahí están, que no saben de nada, ni de dónde les viene el aire... Nunca había creído en estos dichos, pero cuando supo que ya los mismísimos griegos manifestaban este tipo de creencias respecto de sus retoños, se reafirmó en que no eran otra cosa que escudos mediante los cuales los mayores justifican sus actos. Y sin embargo también ella cae ocasionalmente en esas trampas.



A veces va caminando por los pasillos del centro. Unas veces sola, mientras cada grupo permanece dentro de las aulas y otras, en el cambio entre clase y clase, durante el barullo, el griterío, las risas, los encuentros, los arrumacos de los enamorados que viven esos minutos como un oasis en el que aplacar la sed de cincuenta y cinco minutos sin verse ni tocarse. Los minutos de las bromas, de los enfados, una carta que se desliza en una mano, unos ojos fijos en una figura que camina, alguien que llora su desamor, la chica que nunca sonríe y no parece encajar ni en su propio grupo de amigas, hasta el punto de parecer más una aparición que un ser real, y grupos de chicas y chicos poniendo verde al compañero de moda. Esa misma escena podría congelarse y unirse a miles de fotografías similares. Porque lo que ella ve mientras camina por los pasillos sucedía, sucede y sucederá. Tal vez cambie el color de la fotografía, más o menos sepia y más o menos nítido, pero el resto, la imagen que en ellas se refleja, apenas variará con el paso del tiempo.

Y todo eso también fue ella, también ella gritó y rió por los pasillos, se pasó una hora metida en el baño para saltarse la clase de física y química, fumó sus primeros cigarrillos a escondidas en un recoveco del patio, retrasaba lo posible el día que debía correr un kilómetro en educación física porque no comprendía cómo se podía correr tanto por gusto, convenció a su compañero de pupitre de que su mejor amiga y él debían salir juntos porque eran almas gemelas, miró y admiró al chico alto, moreno y ojos felinos que llegaba por las mañanas en bicicleta, y se bebió todas sus lágrimas al no ser correspondida y creyó que ya nunca amaría a nadie más para, tiempo después, descubrir que lo había idealizado en extremo y que el chico en cuestión era tan magnífico y tan terrible como cualquier otro.

Había consumido en su habitación tardes de supuesto estudio leyendo novelas que no debía, escribiendo cartas que podían esperar, mirando al techo e imaginando la vida que un día llevaría, repasando de memoria la ropa que en la última semana había vestido el chico de turno, planeando el verano más inolvidable, la juerga más memorable... mientras a un lado Garibaldi y Bismarck le pedían un poco de atención desde las páginas del libro de Historia y La guerra de las Galias almacenaba polvo a la espera de ser traducida. Y de fondo Automatic for the people, de R.E.M., como una de las bandas sonoras que llenaron aquel tiempo. Eso es lo bueno piensa hoy, que basta con escuchar los primeros acordes de cualquiera de esas canciones para oler los olores de entonces, para recordar una conversación y traer a la memoria, con una exactitud pasmosa, rostros y situaciones que han ido desapareciendo de sus días.

Piensa también en que han pasado muchos años. Ha vivido cosas que no había soñado y otras que hubiese deseado no vivir. Y aunque ha ido perdiendo inocencia de forma dolorosa, como quien vuelve de una fiesta con un precioso vestido hecho jirones, no deja de ser aquella niña tímida, tan suave en apariencia pero que ha luchado siempre por mantener a raya al fiero león que lleva dentro y se sigue reconociendo en multitud de situaciones.

Como ahora que se acerca a la treintena pero reacciona en clase de dibujo igual que cuando era una niña y no era capaz de dibujar ese paisaje que en su cabeza era perfecto. Y se bloqueaba porque no sabía trasladar al papel aquello que imaginaba y porque los demás niños sabían utilizar el color y los trazos y en cambio ella sentía que tenía dos manos izquierdas. Igual que cuando no entendía por qué era tan importante calcular en qué punto iban a cruzarse dos coches A y B salidos de dos lugares distintos, ni qué significado tenía todo aquello. Exactamente igual que cuando año tras año estudiaba la refracción y la reflexión de la luz y año tras año las olvidaba.

En todo esto piensa mientras recorre los últimos metros que la separan de la clase a la que se dirige. Son las ocho y tres minutos de la mañana.

- Buenos días, chicos. Espero que hayan tenido un buen fin de semana y hayan descansado porque voy a hacerles trabajar.

ANE ESPARZA BARANDIARÁN es profesora de Lengua y Literatura en el IES Cruz Santa. Es también coordinadora del PROCAP en su centro.

